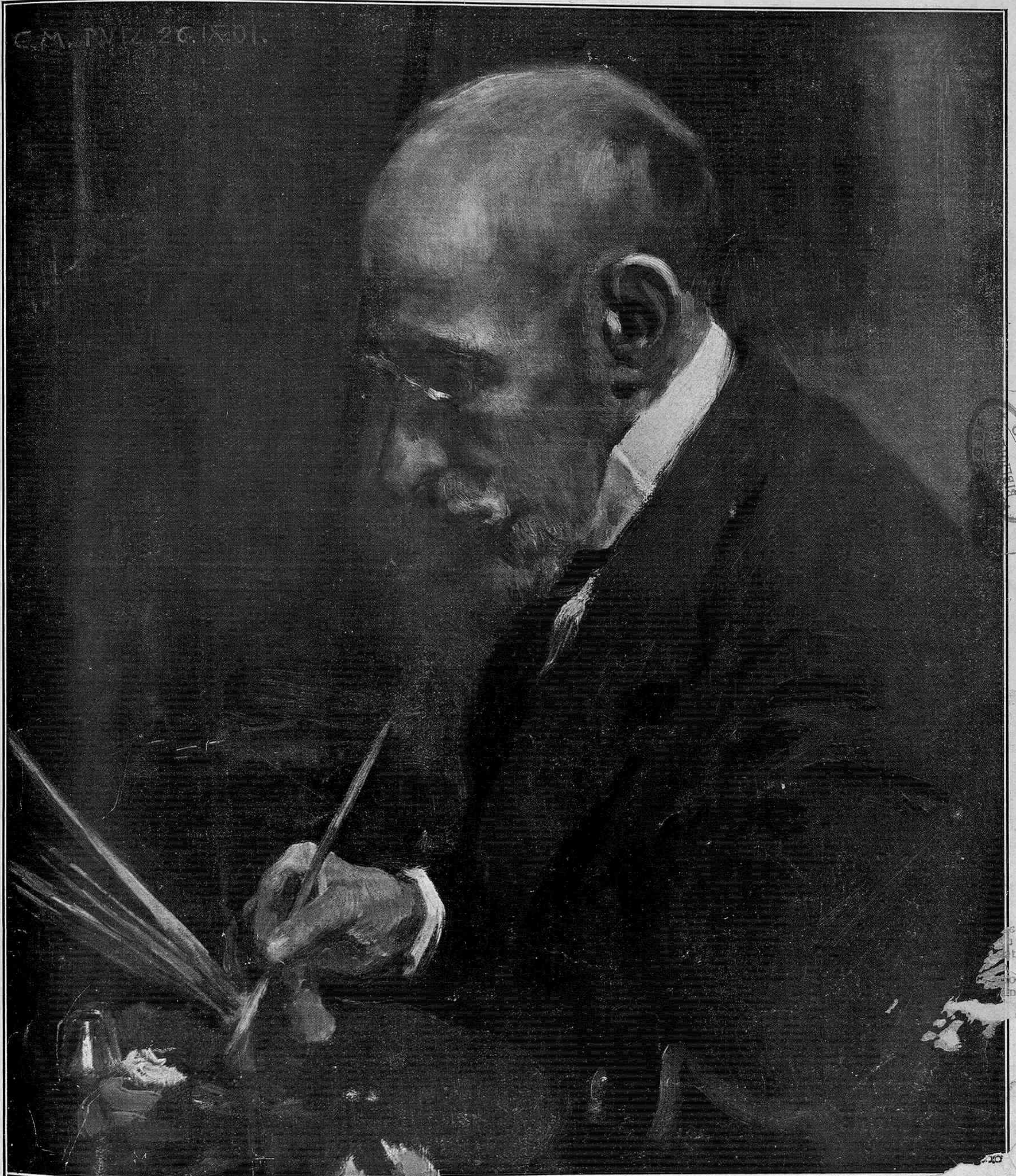


La Esfera

1 Julio 1916

Año III.—Núm. 131

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE MI PADRE, por E. Martínez-Cubells y Ruiz

DE LA VIDA QUE PASA UNA VOZ EN LA MULTITUD



La estatua de la Libertad, en la bahía de Nueva York

Las pocas voces que hasta ahora hablaron de paz han sido apagadas por el estrépito de las armas. Tal parece que la sangre será inagotable y que cuando se acabe el oro, se abata la fuerza y la Muerte tienda su segur sin hallar cabezas que segar, el gran vacío estará tan lleno de rencores, que con haber acabado la guerra activa subsistirá la guerra de las voluntades sin brazos, y de este modo la buena paz quedará siempre ausente. Mas no será así, no puede ser así; los hombres contamos por años mientras la historia cuenta por lustros, por evos, por siglos. Todo llega y pasa en la vida; y sobre esta verdad, como beleño dorado, suprema merced de los dioses, está el olvido y el cuidado que la hora presente exige del egoísmo de cada criatura. Llegó el conflicto de los Balkanes que en vano aguardara día tras día aquel corresponsal de la novela de Kipling, llegó el estallido europeo, imposible según tantos calculistas; y tras el cruento lapso han de sobrevenir días mejores en los cuales la luz del progreso tornará á no ser turbia. A esos días hay que encaminar el rumbo. Que los hombres consagrados á la guerra frágüen elementos de victoria sin pensar más que en eso, pero los demás... En la sombra no se vislumbra aún la luz lejana; á pesar de las torpes alegaciones de los sectarios, en ninguno de ambos bandos observase todavía la fatiga precursora de las claudicaciones; pero es indudable que la luz de la paz existe más allá de la zona oscura y que á cuantos hombres de pensamiento les ha sido otorgada la gracia de nacer en países libres hoy de la terrible visita de Marte, tienen el deber de cerrar los ojos para ver dentro de sí esa luz, y tienen el deber de marchar con paso sereno hacia ella.

¿A cuál de los países neutrales está reservada la gloria de concertar el primer armisticio, de prolongarlo y transformarlo en duradera paz? No parece probable que sea Holanda pues sobre el palacio de La Haya soplan con vehemencia vendabales opuestos; Suiza se halla en parecida situación, y los más avisados señalan á España, mientras otros, temerosos de que la vinculación de la casa real española con la inglesa pudiera constituir un obstáculo, piensan en los Estados Unidos.

Muy probable es que acierten, pues hasta para ser areópago de paz sirve el prestigio de ser poderoso. Quienes sigan con interés las actualidades políticas de ese gran crisol donde los elementos inmigratorios se funden, se depuran y concluyen por formar un tipo específico, observarán las marejadas de pasión y codicia que, alternativamente, mueva á patriotas y á negociantes. El mercado de la guerra ha acarreado tan enormes ganancias, que hay en los Estados Unidos conciencias impuras que verán su conclusión con pena. Los periódicos, guiados por la simpatía ó por el oro, remueven la conciencia pública; casi todas las industrias se han prostituído; los barcos traen de los países beligerantes monedas manchadas de sangre que se guardan en cajas, y hay plétora de bienestar. ¿Hasta qué punto estos aspectos de la personalidad americana son parte ó todo de la conciencia del país? El presidente Wilson sufre ataques y recibe adhesiones por igual entusiastas; y mientras el intranquilo coronel Roosevelt habla en las pacíficas asambleas como un Kaiser de chaquet y pantalón á cuadros, una voz insigne, la de Elihu Root, ha dicho en memorable discurso, ante la convención republicana de New-York, estas palabras que para bien de la

humanidad sería útil que en el momento de las primeras conversaciones precursoras de paz, resultaran verídicas sin restricciones:

«La democracia americana está por algo más que ternera, algodón, manufacturas y granos; está por algo que no se mide con tipos de cambio ni sube ó baja con la balanza del comercio. El pueblo americano conquistó la libertad y se educó por sí mismo en el culto de la justicia antes de adquirir la riqueza, y lo que valen la libertad y la justicia de su país lo estima por encima de cuanto posee».

Por la autoridad de quien las ha dicho, porque en buena filosofía un optimismo que fracasa es más útil que el pesimismo realizado, porque en esta hora en que toda nación en guerra ha sido ya derrotada en su industria, en sus instituciones morales, en el ritmo de su marcha hacia el progreso ideal, deseamos que sea profética esa voz. Si llegado ese día los Estados Unidos con el peso de su poder encauzan la discusión, templan los ánimos, y limpios de interés y de pasión ligan las voluntades con guirnaldas de olivo, serán de nuevo para todos la ejemplar democracia de aquellos ínclitos varones que escribieron al rey Jorge el incomparable documento de rebeldía hace poco más de cien años.

Mas si contra toda esperanza los negociantes, los agiotistas, los malvados pescadores de río revuelto se impusieran á las fuerzas puras en ese día capítal de la historia, sería preciso que la estatua de Bertholdi que se yergue orgullosa en la bahía de New-York, curvara su busto de bronce y, con chirrido fúnebre, apagara para siempre en las aguas la antorcha de la Libertad.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

UN SUBMARINO ALEMÁN EN CARTAGENA



BIENEO DE
BIBLIOTECA *
MADRID

LOS TRIPULANTES DEL SUBMARINO ALEMÁN "U-35", SALUDANDO Á LOS DEL CRUCERO ESPAÑOL "CATALUÑA" AL SALIR DEL PUERTO DE CARTAGENA, DONDE SE PRESENTÓ EL DÍA 21 DEL ACTUAL. EL COMANDANTE DEL SUBMARINO HA TRAI DO UNA CARTA AUTÓGRAFA DEL KAISER PARA S. M. EL REY DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

CÁMARA-F19

ARTE MODERNO



PESCADORES VALENCIANOS

Cuadro de Enrique Martínez-Cubells y Ruiz



“Vuelta de la pesca”, cuadro de Martínez-Cubells y Ruiz

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

ENRIQUE MARTÍNEZ-CUBELLS

Al entrar en el estudio que Martínez-Cubells acaba de inaugurar en la calle Montesquiza, detiense el visitante asombrado por la magnificencia que se ofrece á sus ojos.

Luego, conforme va fragmentando su atención y prescinde de la visión de conjunto para complacerse en el examen aislado y detenido de cada aspecto de las distintas bellezas, este asombro se hace más reflexiva admiración y más expresiva complacencia.

Se halla realmente en unas salas que guardan verdaderos tesoros artísticos. El padre de Enrique Martínez-Cubells fué uno de los pintores favoritos de la sociedad española de fines del siglo xix. Su competencia y vastísima cultura en tendencias y escuelas pictóricas de otros tiempos, hicieronle indispensable en todo pleito de autenticidad de obras, clasificación y catalogación de autores. Retratisa insigne, la aristocracia de su época consideraba como nuevo brillo áureo de sus blasones el poseer un retrato firmado por Salvador Martínez-Cubells y merced á ello pudo el insigne autor de *Educación de príncipe* y *Doña Inés de Castro* labrarse una verdadera fortuna que inverifa íntegra en obras de arte. De su padre—lo que demuestra que la familia de los Martínez-Cubells es una familia donde la inquietud estética y los tiempos se transmiten, sin

decaer nunca, de padres á hijos—, restaurador que fué del Museo Provincial de Valencia, aprendió este amor á las viejas obras de arte que también ha heredado el joven maestro de *Trabajo, descanso y familia*.

Así, pues, en el estudio de Enrique Martínez-Cubells cerca á sus obras, interpretadoras de prosaicos momentos cotidianos y contemporáneos, toda la angusta riqueza de los tapices y las telas, de los arcones, bargueños, sillones y mesas, de los artísticos hierros forjados y las armas de otros siglos junto á la colección interesantísima de primitivos flamencos, germánicos, italianos, catalanes y valencianos que consideramos como una de las más importantes de las particulares existentes en España.

Y si pasamos á otra sala encontramos entonces aquel arte ágil, nervioso, de mediados del siglo xix en que los pintores españoles, obligados por el gusto del público á pintar los absurdos é intolerables «cuadros de historia», se desquitaban pintando cuadros de caballete reproduciendo escenas coetáneas suyas, aunque sin el hálito extraordinario del impresionismo francés, entonces en boga.

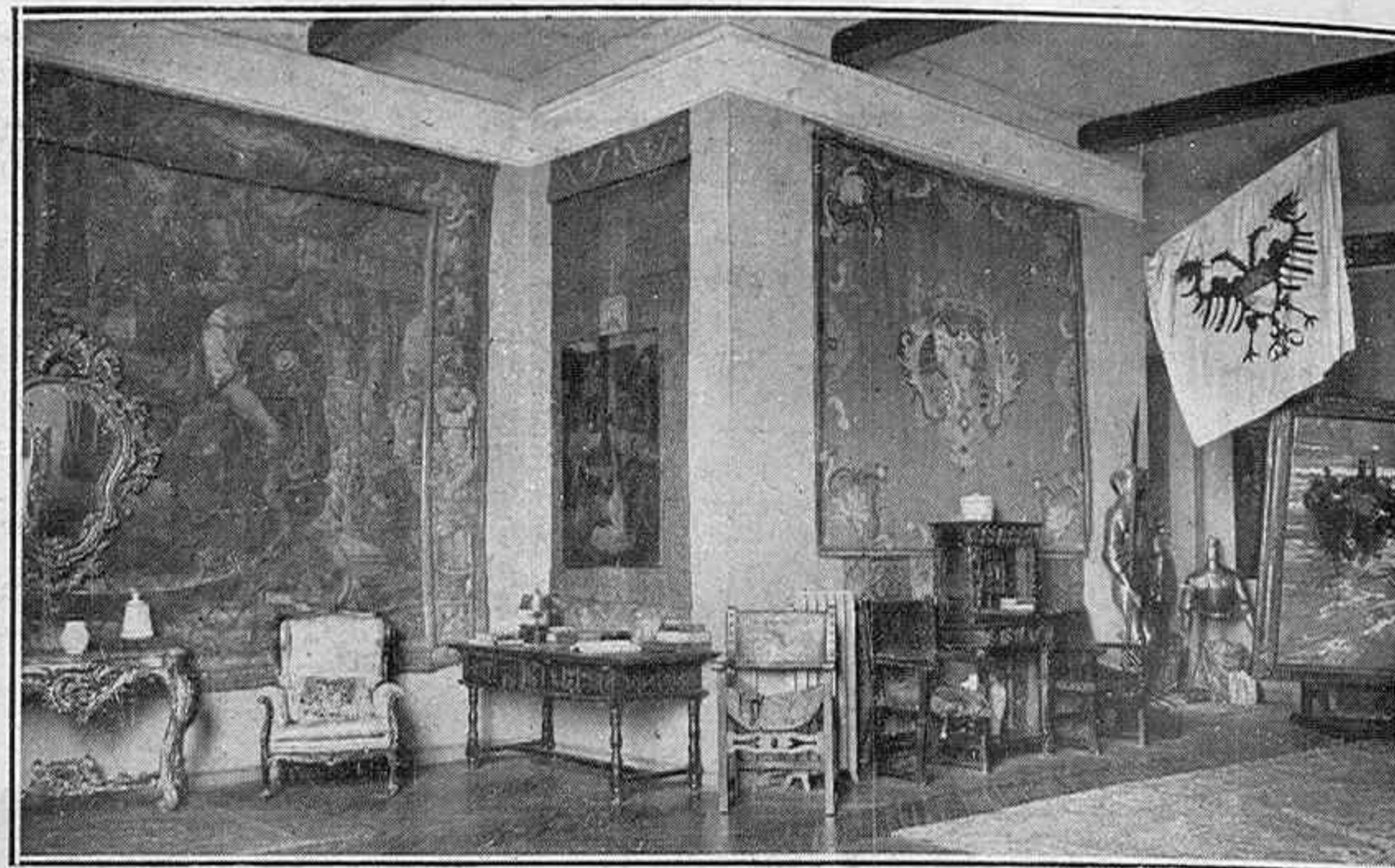
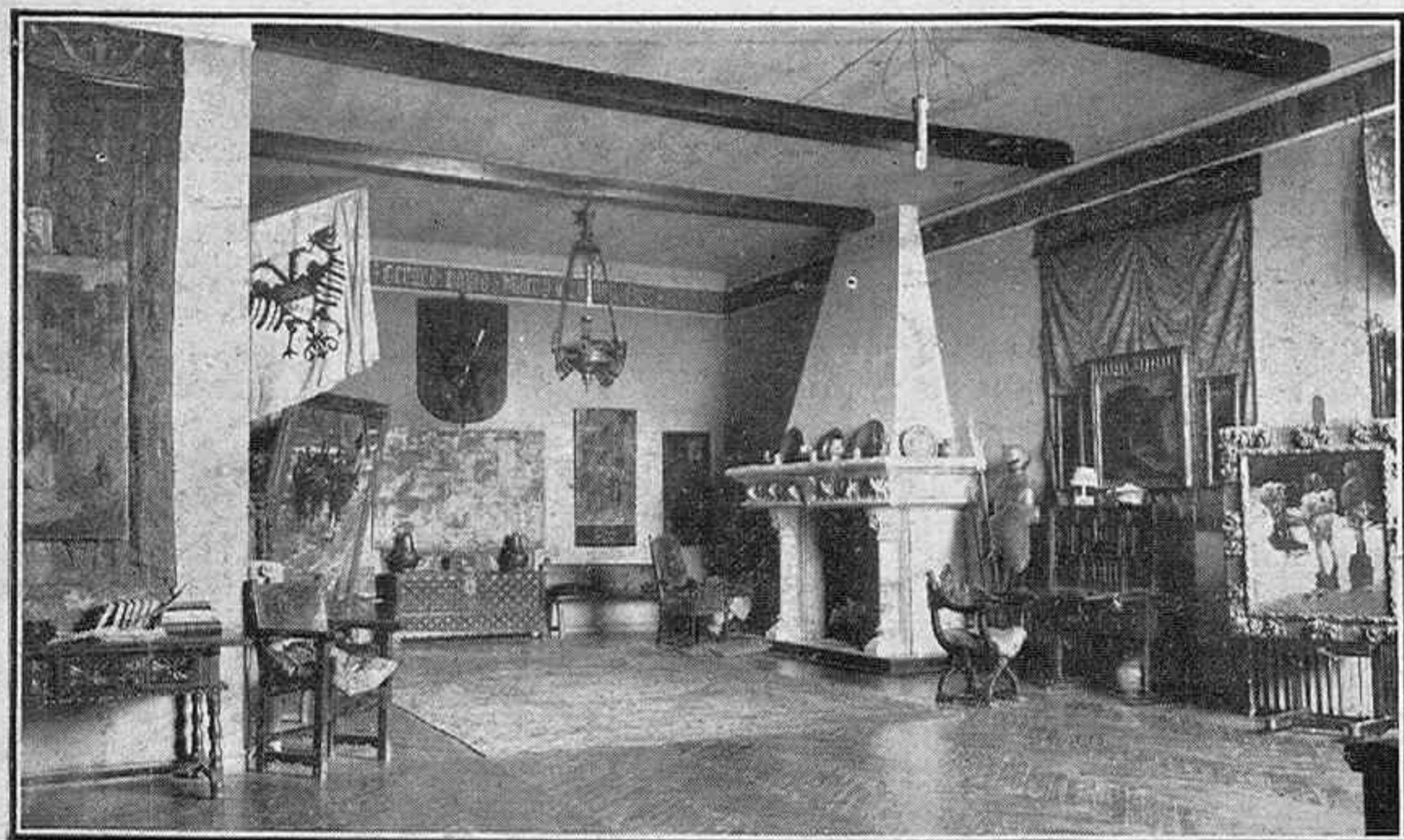
Vemos bocetos, apuntes, caprichos, de aquella pléyade de artistas levantinos que, capitaneados por Muñoz Degrain, Pinazo, Domingo y el propio

Salvador Martínez-Cubells, empezaron á imponer en Madrid el reinado de la pintura valenciana, culminante años más tarde en Sorolla. De todos estos maestros posee obras Enrique Martínez-Cubells y, aunque alejados de su credo estético, sentimos una íntima complacencia en verlas y en seguir sobre ellas la historia de la sensibilidad de cada pintor...

Pasamos por último á un tercer salón y después de la pompa y riqueza de los anteriores, nos aquietta el espíritu y los ojos la extraña sencillez de éste. Las paredes están pintadas de un gris neutro y servidor humilde de las gamas brillantes. La cortina que cierra uno de los lados es también gris. No hay tablas, ni cornucopias, ni cuadros colgados en los muros; no hay vitrinas, ni muebles de otros siglos, ni telas suntuosas. Nada más que un diván, una tarima para el modelo, una mesita auxiliar y dos caballetes con lienzos á medio manchar. Estamos en el taller de trabajo. Aplaudamos esta sobriedad de que se rodea el artista en los momentos que ha de crear, libre de toda extraña influencia y de toda comparación enojosa.

ooo

Enrique Martínez-Cubells y Ruiz nació en Madrid el año 1876. Está, pues, en plena madurez de su



Dos aspectos del estudio de Martínez-Cubells

talento y de su vida, en esos años de la segunda juventud que son los de obra más solidamente fecunda.

Discípulo primero de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado y luego de su padre, nada hay en los lienzos de su primera época que pudiera hacer presentir los que luego habrían de fijar afirmativamente su personalidad.

Influido lógicamente por la pintura que había contemplado desde niño, Enrique Martínez-Cubells parecía destinado a continuar la obra de su padre, que, interesante y notable en sí misma, hubiera dejado de serlo en cuanto significara solamente calco y remedo, mejor ó peor afortunado. Inciertos, vacilantes, son sus primeros lienzos, a pesar de que en ellos abundan, naturalmente, condiciones de buen pintor.

Es, durante su viaje por Europa, cuando Enrique Martínez-Cubells se libera del concepto paternal de la pintura para realizar un arte más suyo y más de acuerdo con las tendencias modernas.

En 1898 emprendió ese viaje. Tenía entonces veintidós años y duró tres su excursión por Alemania, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Francia é Italia.

Alemania le interesó desde el primer momento más que las otras naciones. Y dentro de Alemania, Munich—München, como se obstina en decir y en firmar sus cuadros, no muy de acuerdo con el idioma castellano—. Munich, que entonces representaba las rebeldías y las audacias coloristas, el afán



ENRIQUE MARTÍNEZ-CUBELLS Y RUIZ
Ilustre pintor

—verdaderamente muniqués—de aceptar lo mismo extravagancias sin solidez que las tentativas de positiva perdurabilidad.

Uno de los aspectos característicos de la pintura de Enrique Martínez-Cubells nació de su estancia en aquel importante centro de la pintura moderna alemana. En la Exposición Nacional de 1901 su cuadro *El invierno en Munich*—premiado con segunda medalla—inicia ya este aspecto que tendría plena confirmación en el titulado *Trabajo, descanso, familia*, recompensado con primera medalla en la famosa Nacional de 1904 cuando se otorgó la misma recompensa á Chicharro y á Benedito y no se le dió más que segunda medalla al tercer pensionado Alvarez Sotomayor, un poco injustamente.

Prefiero, sin embargo, el otro aspecto de la personalidad de Martínez-Cubells: el de marinista y costumbrista de puertos y playas.

Ocho años después de la primera medalla de oro, obtenía la otra medalla de oro en la Nacional de 1912 por el lienzo *Vuelta de la pesca*, que es sencillamente admirable y de los mejores de la pintura española contemporánea.

Antes y después de esas recompensas, Enrique Martínez-Cubells consiguió otras no menos importantes.

En la Nacional de 1897, tercera medalla por el cuadro *Un accidente*; segunda medalla por *El viático en la aldea*, el año 1899; segunda medalla en la Internacional de Buenos Aires de



"Trabajo, Descanso, Familia", cuadro de Martínez-Cubells, premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de 1904



ÁBSIDE DE SANTA MARÍA LA NUEVA, EL MÁS NOTABLE EJEMPLAR ROMÁNICO QUE DE SU ÉPOCA SE CONSERVA EN ESPAÑA

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

CAMARA



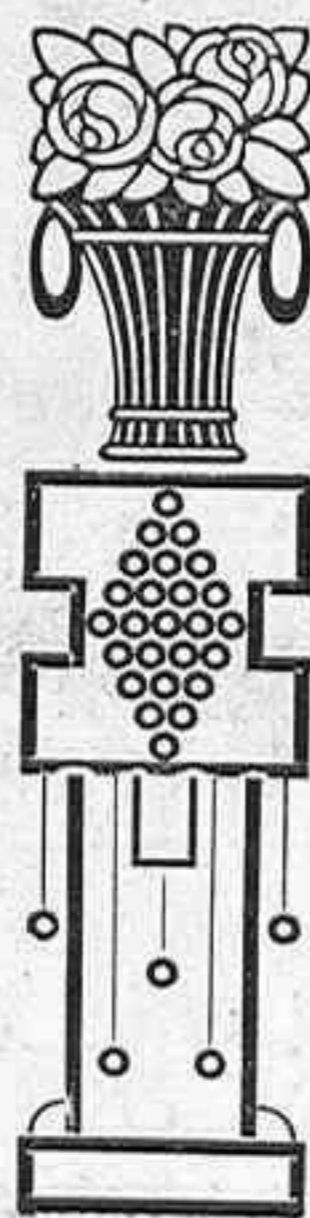
LA GESTA DE FUEGO

¿No oís en los aires como un prodigioso clamor sobrehumano?
Los fieros bridones galopan al viento flotante la crin,
parecen los rubios centauros de un lied wagneriano
que pasan cantando las viejas baladas del Rhin.

Es Fausto filósofo que llega, la espada fulgente en la mano,
el alma de Fausto, que viene á los sonos del áureo clarín,
la espada desnuda y en guardia, le espera Cyrano...
Lutecia, la loca sirena, presiente su fin.

El alma germana de hierro y el alma latina divina;
se batan en duelo la fuerza del Norte, la gracia latina,
las rosas de Francia y el sueño imperial de Berlín.

En gesta de fuego que tiene el impulso de una catarata,
llegó el Anticristo que lleva en las sienes un casco de plata,
un rojo penacho y un manto de armiño como Lohengrín,



Igual que ciclones ya llegan los rubios centauros del Norte;
sus risas paganas en preces de duelo, convierte París.
El Kaiser de Hierro soñó con Versalles, la corte
fragante y galante, la corte del áureo rey Luis.

Azotan la tierra los golpes del casco brutal y sonoro;
la muerte en la tierra, la muerte en los mares, la muerte en lo azul.
Diajeros de Europa, los cuervos fatales, vuelan sobre el oro
de los minaretes, de la legendaria, dorada Stambul.

Las voces proféticas se cump!en, los signos del rojo Destino
una ola de fuego, arrasa las flores del suelo latino.
El Destino es cómitre de nuestros futuros; el Destino es fuerte.

¡Racimos de vidas! ¡Penachos de fuego son las catedrales!
¡Pasa el Anticristo y oye el mundo atónito sus psalmos triunfales
sonando en el ara de Nuestra Señora la Muerte!

DIBUJO DE ECHEA

Emilio CARRÉRE



Paisaje de los alrededores de Piedrahita

Nace en el bárbaro fragor de los combates la tierna florecilla cuyos fecundos brotes esparcen por la tierra el germen sacrosanto de la paz.

Y al extinguirse las razas de guerreros, invaden sus dominios las hadas misteriosas que ligan á las almas con el ansiado beso del amor.

Esta es la ley que fué cumplida en la guerra casta de los señores del Corneja, cuyo último retoño trocó en caricias pródigas, los bélicos ardores de su estirpe.

Háblannos todavía las bóvedas desechas del señorial palacio, de aquellas cosas típicas de la genial María Teresa.

Goya, Quintana, Meléndez-Valdés, Iglesias, Bails, Condado... en consorcio amigable con el imbécil *Epitafio* y con el marrullero *fray Basilio*...

Noches divinas al refugio de la espléndida mansión; flechazos del amor; arrullos del placer; aleteos del arte sublime é inmortal. Y como centro de sus destellos augustos y de las pasiones humanas desbordadas, la egregia figura de la gentil duquesa, ostentando entre sus rancios títulos, como contrapeso á sus mundanas culpas, el divino de madre de los pobres, ángel perpétuo de la caridad...

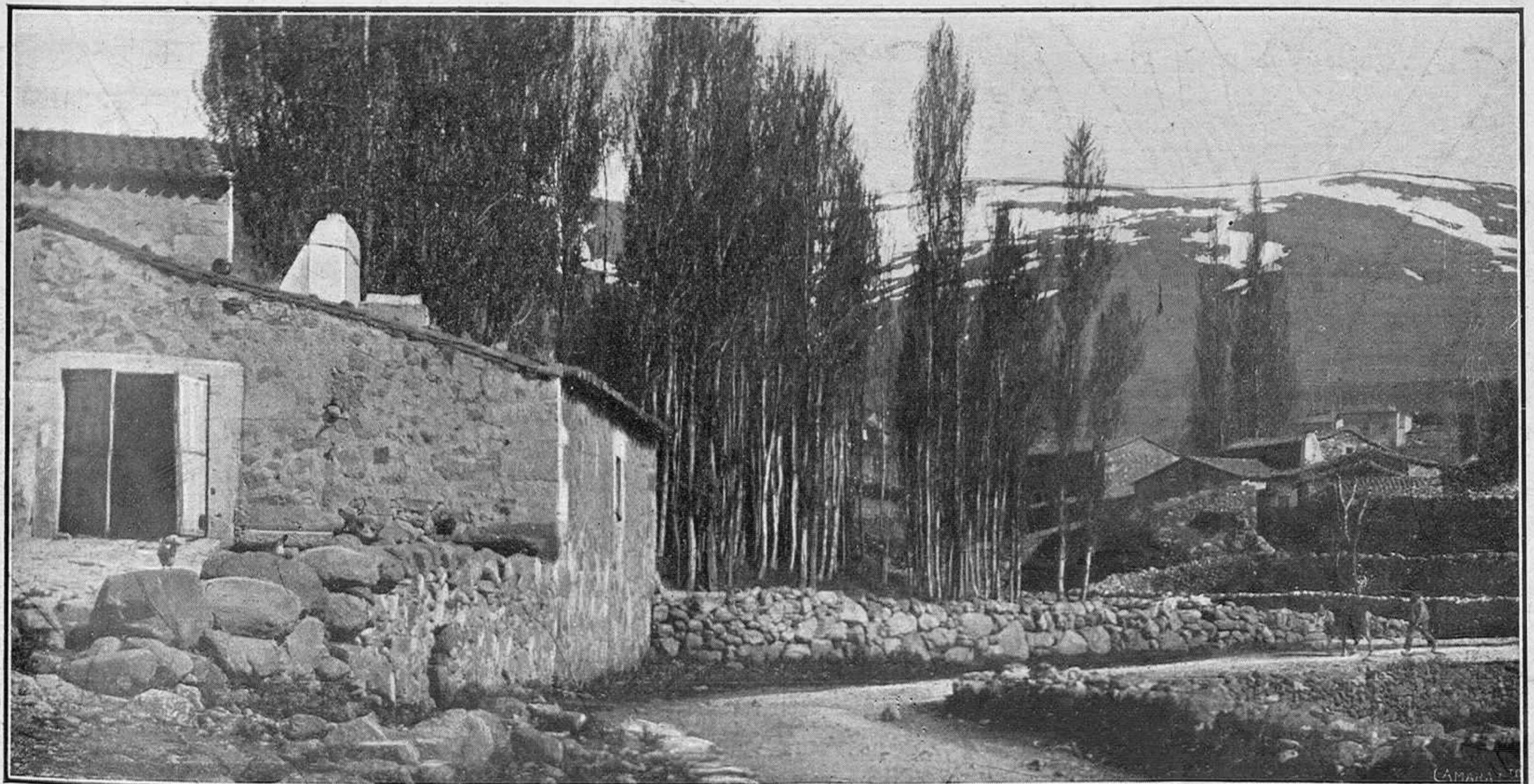
Muere la tarde mansamente con matices de púrpura en el ocaso azul.

Toca la campana la oración de la noche, mandando, por el valle placentero, las estridentes notas de su metálica sonata.

Suben hacia el poblado las cuadrillas de escardadoras, elevando al espacio la música triste y agorera de los viejos romances que cantaba el juglar. Es el momento místico de la poesía del campo, que todos los ojos debieran mirar, para que todas las almas supieran sentirlo...

Jesús LUNAS ALMEIDA

Piedrahita. Junio 1916.



Pintoresca vista de las montañas de Piedrahita

ATENEOS DE
BIBLIOTECA

CÁMARA-FOTO

CÁMARA-FOTO



MANOLA

Hija del pueblo, manola
 flor de piedad y verbena,
 con negros ojos de pena,
 con bizarras gallardías de española
 y encendido corazón de nazarena.
 Mi recia altivez se humilla
 al llegar á tu ventana
 donde el sol de tu belleza maravilla,
 porque no puedo ofrecer á tu mantilla
 el trofeo de una capa color grana.
 Yo te he soñado rendida
 de amor, en una calesa

de magníficos arreos guarnecida,
 paseando en la Florida
 como una maja-duquesa
 lbas regia, toda llena de claveles
 y entre un loco revolver de cascabeles,
 como en su estuche una joya,
 y buscaba para luz de sus pinceles
 la luz de tus ojos Goya.
 Serrana,
 tienes gracia de chispera,
 maldiciones de africana
 y arrullos de petenera.

En los jardines reales
 nació una rosa galana
 que cortaron unas manos señoriales
 para adornar tu ventana.
 Y en los hierros florecidos
 hay guardianes que vigilan escondidos
 el incendio de tus ojos de sultana
 Manola,
 deben tocarte á tí sola
 por chispera y por gitana,
 la Marcha Real española.

José MONTERO

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

IX

Cuando concluimos de comer en el bodegón de Granullaque, el desasosiego de mi ninfa me revelaba la comezón de escapar de mi lado; mas yo la detuve proponiéndole que debíamos ir juntos a la Catedral, pues era absurdo que un ser inteligente abandonara Toledo dejando atrás el goce inefable de tantas maravillas. Porque la Basílica Toledana viene a ser como una enciclopedia de catedrales. El Coro, la Sacristía, las capillas del Sagrario y San Pedro, las de Reyes Nuevos, Santiago y Albornóz, la Mozárabe, la Sala Capitular, bastarían por su grandeza y hermosura para ser consideradas como ornamento principal de otros templos cristianos. Del Coro y Presbiterio, con sus riquezas escultóricas y sus verjas de hierro labradas como joyas, no quiero hablarte hoy porque ya las he descrito en otras páginas. El salón de la Sacristía ostenta en su cabecera el famoso cuadro del Greco llamado *El Expolio*, y que en valor artístico no es inferior al *Entierro del Conde de Orgáz*. Otras hermosas obras de arte cubren las paredes, y frontero a ellas está el sepulcro del Cardenal Borbón. El techo es un admirable fresco de Jordán, a quien por la rapidez con que trabajaba le aplicaron el mote de *Luca fa presto*. Pero la más sorprendente novedad de la Sacristía está en las estancias interiores, donde te enseñarán si lo solicitas, las telas primorosas y la colección de frontales regalados por cada uno de los Arzobispos de la Diócesis. Sin temor a la hipérbola, puedes afirmar que no hay en el mundo colección de telas como esta.

Reyes Nuevos, es una capilla de grandes dimensiones donde están sepultados los Soberanos de Castilla de la rama de Trastámara. En la cabecera verás a D. Enrique II, que arrebató la corona y la vida a su hermano D. Pedro; sigue luego D. Juan I, de grata memoria, y después D. Enrique III el Doliente con su esposa Doña Catalina Lancaster. Este desdichado Rey tuvo que empeñar una noche su gabán para poder cenar. ¡Así andaba el Reino! Su inmediato sucesor, D. Juan II, abandonó el regio panteón de Trastámara disponiendo que sus restos y los de su esposa descansaran en la Cartuja de Miraflores, en Burgos. Estos sepulcros son de una magnificencia inaudita. La rama de Trastámara no pudo florecer en la Historia conforme al ambicioso plan de su fundador D. Enrique el de las Mercedes. El último vástago, desmejorado y marchito, Enrique IV, llamado el Impotente, puso fin a la dinastía reinante por los escandalosos amores de la Reina con D. Beltrán de la Cueva. El desdichado Rey fue exonerado en efígie en un auto celebrado en la plaza pública de Avila. Felizmente se precipitaron los sucesos, murió en edad temprana el príncipe D. Alfonso y la corona de Castilla recayó en una doncellita que pronto dió a conocer sus altas dotes mentales concibiendo el pensamiento de unir con vínculos de amor los reinos de Aragón y Castilla.

De *Reyes Nuevos* pasamos a la capilla inmediata, que es la de Santiago, donde tienen su sepulcro D. Alvaro de Luna y su esposa. La arquitectura de esta capilla pertenece al gótico florido, es espaciosa, de altos ventanales y en ella campean profusamente los escudos del Condestable. Entre esta capilla y la anterior existe una misteriosa afinidad trágica. Un Trastámara llevó al suplicio al insigne político que con mano dura gobernó estos turbados reinos. En el centro de la capilla de Santiago se alzan los dos mausoleos de D. Alvaro y su esposa. En cada uno de éstos se ven cuatro monjes orantes. En Toledo existe la creencia legendaria ó real, de que en la cripta están los esqueletos de la familia de D. Alvaro, pero no sepultados, sino sentados en derredor de una mesa de piedra. Con esta leyenda coincide la del *Hombre de palo*, perpetuada en una calle que lleva este nombre. El gran mecánico Juanelo Turriano construyó un muñeco, que por medio de alambres y resortes, entraba en la Catedral a la hora de la misa y llegando hasta la capilla del Condestable se arrodillaba devotamente y luego se retiraba de igual manera por su camino de alambres y ruedas.

Suspendamos ahora, querida ninfa, el visiteo de capillas y vámonos a la calle, que hoy es do-

mingo y me gusta presenciar el paso de los cadetes en formación, con su música al frente para ir a misa. ¿Verdad que a tí también te gusta ver a esos alegres chicos atravesando por la población entre el gentío de curiosos? En la cara te conozco tu deseo de que abandonemos la iglesia para andar por la calle... En efecto, los alumnos de la Academia de Infantería son la gala de Toledo; sin ellos, las hermosuras artísticas de esta ciudad no tendrían otro encanto que el inherente a un soberbio panteón.

Salimos mi ninfa y yo a ver pasar los cadetes. Guardando el orden y el ritmo de la formación, volvían el rostro para mirar a las niñas bonitas; unos porque tenían novia y otros porque la buscaban, dirigían miradas insinuantes a los balcones y a la calle. Delante iba la banda atronando los aires con el estridor de cornetines y trombones; la precedían los gastadores de marcial apostura, y entre éstos, haciendo cabriolas la turba de golfillos. «Ahí va—exclamé yo contemplando a los alumnos—la esperanza de la patria. Hoy son traviesos y enamoradizos, mañana serán valientes y darán su sangre por el honor de la bandera.» En la iglesia de San Juan, que no tiene más mérito que su capacidad, oyen misa con cierta compostura los alumnos, y a la salida se repite la divertida marcha triunfal a lo largo de las calles. Por la tarde quedan en libertad los escolares y se les ve en grupos en Zocodover y calles adyacentes parlotando con las señoritas guapas, que tanto abundan en la Imperial Ciudad. Tarde y noche acuden al Teatro Rojas, llenándolo casi por completo. Gracias a la concurrencia de militares y a las familias que por ellos acuden a la función, las compañías dramáticas ganan en un día para vivir toda la semana.

Ahora que tanto se habla del turismo, ninfa mía, se me ocurre que Toledo debiera ser uno de los lugares de la tierra más frecuentados de viajeros y artistas. Existe aquí el magnífico *Hotel de Castilla*, construido por el inteligente prócer Marqués del Castrillo, pero es de reducidas dimensiones. ¡Qué fabuloso número de extranjeros atraería Toledo si el Alcázar fuera convertido en hotel! Esto es un sueño, esto es imposible, pero a mí me gusta lanzarme a la región de las bellas hipótesis. Yo me imagino las salas, las anchas crujías y la grandiosa escalera de aquel inmenso edificio invadidas por un gentío procedente de todas las partes del mundo. Decía Carlos V que no se sentía Emperador sino cuando subía por aquella escalera, tan grande como una catedral. El patio es de suprema elegancia; en el centro se ha colocado, no ha mucho, la estatua de Carlos V, vestido a la romana, encadenando la Herejía. Es obra de Pompeyo Leone. Ocioso creo hablarte, querida ninfa, de la capacidad del Alcázar en todos sus pisos..., pero dejémoslos de ensañaciones químéricas, que aquí está bien instalada la Academia de Infantería y no nos corresponde a nosotros alterar caprichosamente la realidad de los hechos. ¿Estás conforme? Pues vámonos al *Hotel de Castilla* donde hallaremos excelente trato y una sociedad escogidísima de franceses, ingleses y yankis.

Después de comer volvimos a la Catedral, donde nos siguió una caravana de los extranjeros que habíamos visto en el *Hotel de Castilla*. Agregados a ellos vimos la capilla de Albornóz y allí noté que el *cicerone* refería escrupulosamente, sin perder detalle, la historia del insigne político que puso fin al Cisma del Papado y fundó el colegio español de San Clemente en Bolonia. En la Sala Capitular los extranjeros admiraron más la talla de las cajoneras que los retratos de los Arzobispos; y en la Mozárabe, donde se conserva como preciosa reliquia el ritual anterior a la conquista de Toledo, los forasteros que en su mayoría eran luteranos, deseosos de conocer esa antigualla de la misa mozárabe, se propusieron volver al día siguiente. Entre tanto se extasiaban ante el magnífico fresco de la toma de Orán por Cisneros. El *cicerone* desvió la atención de aquellos señores hacia el cuadro que decora el altar mayor de la capilla. Este cuadro no es pintura, sino un mosaico que regaló el cardenal Lorenzana, más que obra artística, obra de paciencia. Al concentrar en ella toda su atención los extranjeros, quedaba triunfante el mal gusto del *cicerone*.

No quisimos abandonar la Catedral sin ver las curiosidades más extraordinarias que en ella existen encerradas en la Capilla de la Torre. Esto no podía ser sin que se hallaran presentes los tres canónigos que guardan las llaves de aquel recinto, que más bien parece fortaleza por el espesor de sus muros. El oficioso *cicerone* salió corriendo en busca de los tres llaveros, mas no habiéndolos encontrado, acudí a mi amigo el beneficiado D. Francisco Mancebo, que acertó a pasar a nuestro lado. Como el día anterior le compré yo un décimo del billete de lotería que él jugaba, el buen Mancebo buscó en la sacristía a los tres canónigos llaveros y tuvo la suerte de encontrarlos reunidos. Véase el modo misterioso con que el patrocinador de los juegos de azar nos trajo la suerte de ver franqueado el arcano de la Torre que guardaba los cinco premios mayores de la lotería del arte. Ved aquí cuales son: primero, el manto de la Virgen del Sagrario, bordado en cuero para soportar el peso de las perlas, cuya cantidad, el *cicerone*, que todo lo sabía, fijó en tres millones y pico, añadiendo que para ponerle a la Señora su manto tenían que valerse de una cabria; segundo, la colosal Custodia obra del maestro Arte, es de plata sobredorada con el centro de oro, adornado en su crestería de rubíes, zafiros, esmeraldas y topacios; está colocada sobre una carroza dorada. Sale en procesión el día del Corpus empujada por sacerdotes, traspasa la Puerta Llana y avanza por las calles con majestuosa lentitud, irradiando de las piedras preciosas resplandores deslumbrantes. Añádase a esto la lluvia de flores que desde las ventanas y balcones arrojan las damas, y se comprenderá la magnificencia y poesía de tal espectáculo; tercero, la estatua de San Francisco de Asís, no mayor de tres palmos, obra de Alonso Cano, que en ella puso todo su genio artístico y su místico arrobamiento; cuarto, la bandeja de plata repujada representando el Robo de las Sabinas, que pregona la excelsa maestría de Benvenuto Cellini; quinto, la Cruz de plata que el cardenal Mendoza llevaba en la rendición de Granada. Hay que ver el peso de aquella Cruz, pero era como un junco para el atlético puño del Cardenal que subió con ella hasta lo más alto de la Alhambra y la clavó en la Torre de la Vela.

Cansa lo bueno, lo bello y hasta lo sublime cuando nos embelesamos indefinidamente en su contemplación. «Vámonos de aquí—dije a mi ninfa—, basta ya de imágenes, sepulcros, pinturas, custodias, brocados y verjas, que el Arte, por su divinidad, no debe ser profanado, como hacen los *cicerones* con su charlatanería enfadosa.»

La presencia del beneficiado Mancebo y de su sobrina *Leré*, con quienes acabo de charlar al salir de la Catedral por la Puerta Llana, me han recordado mi deber de marcharnos a Madrid para continuar y concluir nuestros tomos de *Angel Guerra*.

—Está bien, querido Maestro—replicó mi ninfa—; pero es mi obligación, como símbolo que soy de tu memoria, recordarte que antes de pensar en esa *Leré*, en ese D. Pito y esos renegados Babels, debes venir conmigo a Génova... ¿A qué ese asombro? ¿No sabes que el viaje a Italia no está terminado y que nos falta el vistazo a Génova, la hermosa ciudad mediterránea?

—Génova, Génova—murmuré yo un poco aturdido y desmemoriado—. ¿Pero vamos a ese pueblo para visitar la cuna de Cristóbal Colón? ¿Pues no has oído que los anticuarios españoles salen ahora con el descubrimiento de que Colón no nació en Génova, sino en Pontevedra? Y otros aseguran que el gran navegante nació en Plasencia, de una familia hebrea, y que para ocultar su religión se fingió natural de Génova. Se cree que vivió más en el mar que en la tierra. La cuna de los hombres extraordinarios ha sido en todos los tiempos origen de apasionadas disputas. En Grecia no se acabó de poner en claro la patria de Homero; y aquí mismo, el príncipe de las letras castellanas, Miguel de Cervantes, vió la luz, según unos, en Alcalá de Henares, según otros, en Alcázar de San Juan, y no ha mucho que un tercer biógrafo sostuvo que nació en Córdoba. Que haya nacido aquí ó allá, es palabrería ociosa y baladí. Lo fundamental, lo indiscutible, es que Cervantes escribió el *Quijote*.

B. PÉREZ GALDÓS

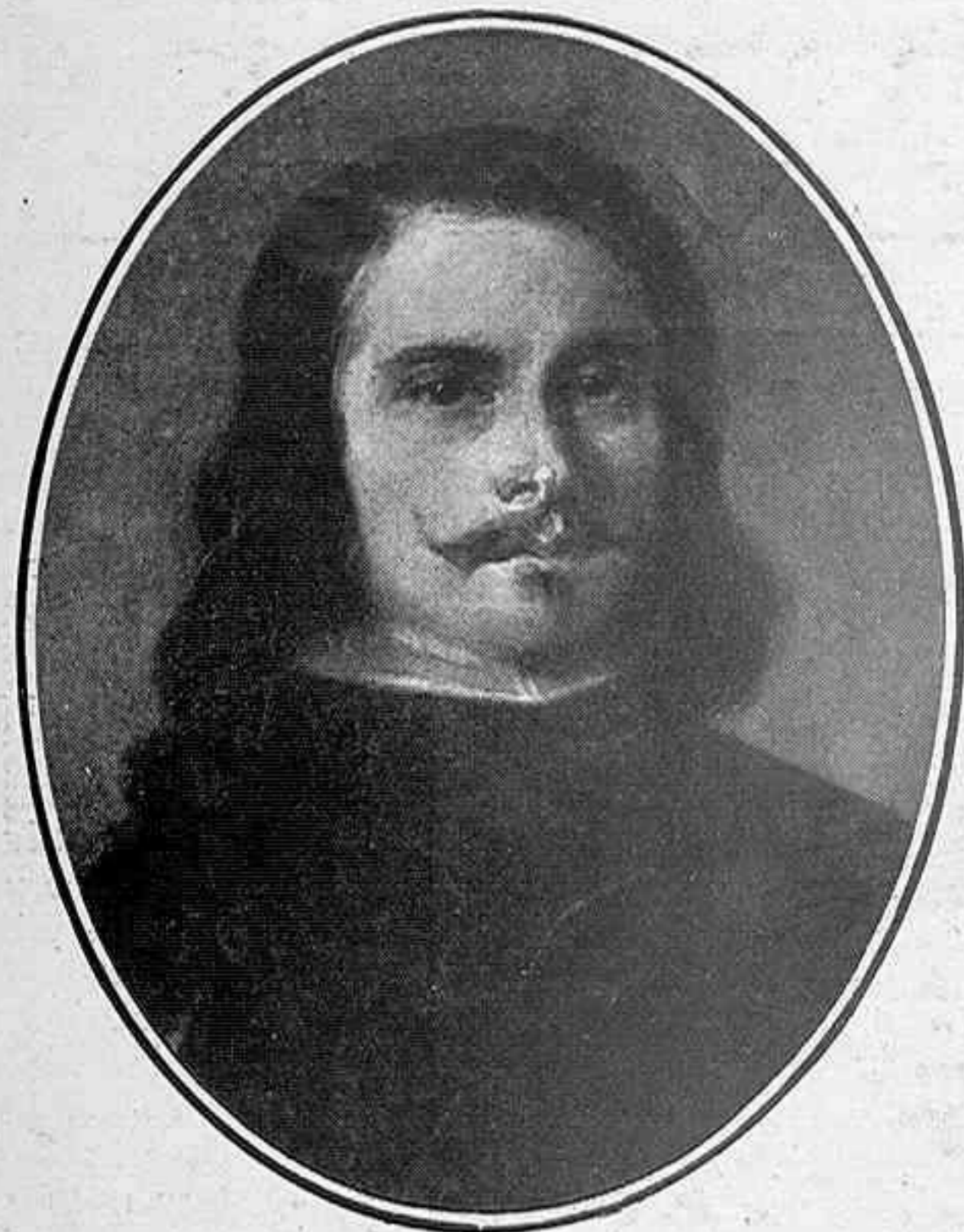


NOTAS DE LA REALEZA

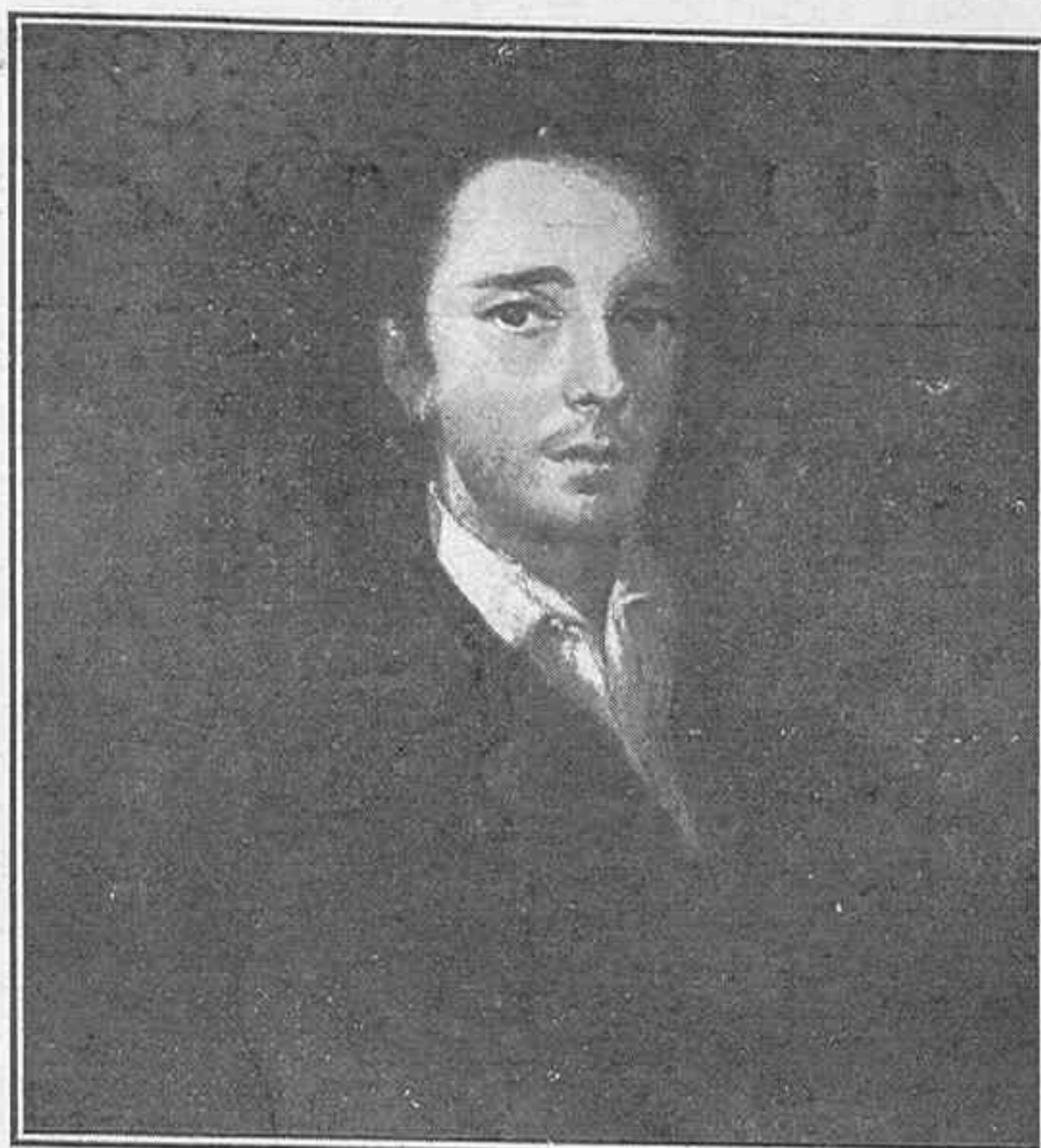


EL INFANTE D. FERNANDO DE BAVIERA, CON SU ESPOSA, LA DUQUESA DE TALAVERA, Y SUS HIJOS,
UNO DE LOS CUALES, D. JOSE, HA TOMADO LA PRIMERA COMUNION EL DIA 19 DEL PASADO
Fotografía obtenida por Campúa, con motivo de esta solemnidad

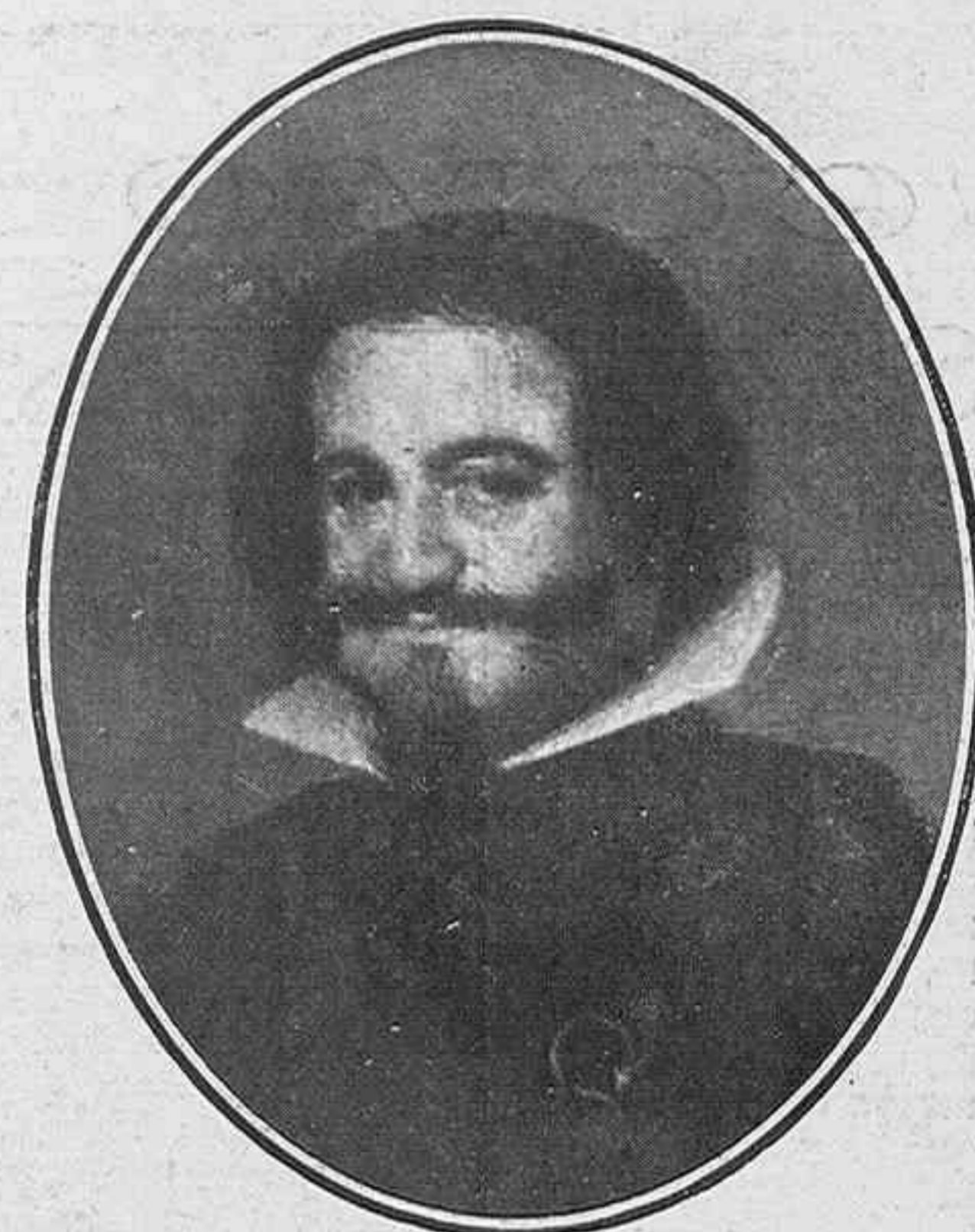
CAMARA FLO



"Autorretrato de Murillo" (propiedad del duque del Infantado)



"Retrato de Camarero", por Goya (propiedad del duque del Infantado)



"El conde-duque de Olivares", por Velázquez (propiedad de S. M. el Rey Don Alfonso XIII)

que la suposición de que les tentara la curiosidad de un procedimiento pictórico muy en boga durante su época, aún queda un número muy lucido de miniaturistas españoles representados por las colecciones regias, principescas, aristocráticas ó simplemente mercantiles para juzgar de la importancia que ha tenido en nuestra patria el retrato en miniatura.

Hay obras de Delgado Menezes, Antonio Ferrán, Antonio Esquivel, Francisco Antonio Menéndez, Rivero, Tomasich, Bordes (discípulo de Isabey), Cruz y Ríos («El Canario»), Carnicero, Udías, Ugalde, Miguel Rey, José Agustín, José Reigón, Agustín, Esteve (de quien pudieran ser algunas de esas miniaturas que se atribuyen—y aun se firmaron!—á Goya), Guillem, Barrutia, Astigarraga, Castro, Díaz Valdés, Camarón, Enríquez, Villares Amor, Nicolás García (exbarbero y pintor de cámara de Fernando VII), Paret y Alcázar, y las mujeres Ana María Mengs, hija del maestro bohemio, esposa del grabador Carmona y cuya serie de miniaturas fué la primera exposición de la Academia de San Fernando el año 1793; Francisca Eligenia Me-

néndez, nieta de Antonio é hija de José Agustín; Asunción Crespo, esposa de Reigón; Bernarda Manso, Marquesa de la Lapilla y Académica de San Fernando; Adriana Rostán, «la Griega», por citar solamente los más importantes entre los españoles.

De los extranjeros que residieron en Madrid como pintores de Cámara y profesores de la Academia de Bellas Artes, ó que hicieron fuera de nuestra patria retratos de españoles ilustres, figuran Isabey, Augustin, Engleheart, Hesse, Ducker, Honorato Dubois, Mengs, Camino, Singry, Le Bel, Thomson, Bouton, Lefebvre, Mariani, Comte, Grañe, Boltri, Banzil, Pérez, Cola, Zenders, Passano, Malignán, Adolfo Vertmüller (el imitador de Goya que hiciera los retratos de los duques de Alba), Amada Thibault, Luis Sicard y Pommayrac.

En cuanto á la sección de manuscritos y vitelas—aunque no muy numerosa, bien representada por ejecutorias de hidalguía, privilegios, memoriales y libros de hermandades—de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, serán objeto de otro artículo por cómo se presta á interesantes comentarios.—S. L.



Marco con cuatro miniaturas de González Velázquez y Mengs, propiedad de la marquesa de Castrillo



"Duque de Fernán Núñez", por Isabey (propiedad de la señora de Lázaro)



"Primer duque de Ciudad Rodrigo", por Isabey (propiedad del marqués de Casa Torres)



"Retrato de Carlos III", por Mengs (propiedad de Ezquerria del Bayo)



"Capricho" (atribuido á Goya)



"Duque del Infantado", por Isabey (propiedad del duque de Alba)



CUENTOS ESPAÑOLES

CÓMO MURIÓ ALVARO

Si se pudiese hacer la autopsia de las almas como se hace la autopsia de los cuerpos! ¡Qué extrañas historias llegaríamos á saber! ¡En cuántas agnías que habíamos creído bañadas en beatífica paz aparecería la misteriosa tragedia de un gesto, de una palabra cruel, de una mirada rapaz ó simplemente impaciente que bastaron á acibarar con atroces inquietudes, con inconscientes temores ó simplemente con amarguras de desengaño, los últimos momentos de una vida!... Y todo eso sin contar los dramas reales que la muerte piadosamente ha ocultado, los crímenes secretos que quedaron para siempre sin castigo... El misterioso suicidio de Alvaro Navarro, por ejemplo...

A la evocación de la obscura catástrofe, los dos oyentes de Gaspar Vallares, el novelista obsesionado de misterio, se incorporaron llenos de apasionada curiosidad. Eran Lola Estefaní, ambigua, como un Archiduc que Fernando de Austria, de Velázquez, en su atavío de ante gris, su gran cuello de Irlanda y su minúsculo birrete ceniza rematado por roja pluma de faisán, atavío que rimaba á maravilla con el cuerpo andrógino y la cara chupada, color cirio, toda ojos — ojos tristes y maravillosos que el ensueño velaba y el vicio cernía de livores — y boca; y Géó Atienza, el pintor de las *Noches Fervorosas*. Estaban en el despacho de Gaspar Vallares. Para huir de la tar-

de lluviosa y plomiza, habían cerrado persianas y corrido cortinas y en la semipenumbra que no bastaba á disipar el chinesco farol de ébano con paredes de seda suavemente miniada, todas las cosas tomaban apariencias de misterio. Los artesones de ébano del techo, esculpido de raros monstruos, los altos zócalos, de ébano también, en que peregrina fauna de marfil y nácar retorciábase en absurdas contorsiones, la seda azul noche, ondulada de alimañas de plata, los muebles muy bajos, tallados en negras maderas y cargados de cojines recamados de metálicos reflejos, daban á la estancia el aspecto de una cámara mortuoria. En altos pebeteros de bronce sostenidos por quiméricas bestias se quemaban perfumes, y sobre las mesitas orientales, en viejos recipientes incrustados de pedrerías, estaban las confituras venenosas que con el sueño dan la ilusión y á veces la muerte. En un



sofá, que era como un grifo de abiertas fauces y garras rampantes, Lola Estefaní fumaba *Kedives*; á sus pies, sobre un almohadón, Géó, con su aspecto de bestezuela familiar, acariciábale distraidamente una mano, mientras que Gaspar, tendido sobre un diván, aparecía roto, tronchado, desarticulado, como un muñeco de trapo á quien hubiesen quitado los resortes dejándole tan solo el rostro y las manos de cera. ¡Ah, el horror de aquella cara pálida, cadavérica, demacrada en las mejillas, en que solo vivía la boca ferozmente roja — una boca de vampiro — y los ojos grises, fríos, inmóviles, iluminados de azul. Una cabellera de azabache tan prieta y lisa que daba la sensación de esos gorros con que en los lazaretos cubren las llagas de los que padecen enfermedades bíblicas, completaba el inquieto repulsivo de la figura. Y como si esto fuese poco, las manos, unas manos que al es-

trecharlas estremecían de frío hasta la médula de los huesos, yacían trágicas, retorcidas, manchadas por el reflejo de los opalios.

A las palabras del novelista siguió una breve pausa llena de curiosidad. Al fin, Lola no pudo callar más y habló á su vez:

— ¡Pobre Alvaro! De todas las historias de estos últimos años la suya es la que más me ha impresionado. Parecía el hombre más feliz del mundo; todo le sonreía; rico, guapo, joven, con una mujer que le adoraba y á quien adoraba él... Y, sin embargo, de la noche á la mañana, aquel extraño suicidio. ¡Y qué suicidio!... Te aseguro que mil veces he pensado en el por qué...

Gaspar se incorporó. Dió unas chupadas á la pipa de opio, envió el humo de la droga á perderse en la atmósfera que olía á éter, á opio y rosas marchitas, y con voz fría, impersonal, lenta, descubrió la clave de la aventura siniestra.

— Yo tenía amores de Lili Navarro...

Con un dejo de escepticismo interrumpió Géó:

— ¡Pero si adoraba á su marido...

Sin hacer caso, Vallares continuó:

— Yo era el amante de Lili Navarro desde antes de casarse con el pobre Alvaro. La había conocido casualmente, un fin de temporada, en un balneario modesto de Galicia. La soledad que reinaba ya allí, el aburrimiento tedioso, monótono, de la vida de establecimiento, facilitaron una

amistad en cualquier otro punto imposible... ¿Recuerdan ustedes á Lili? Era menuda, frágil, alocada de gestos en que sin embargo había algunas veces como una pausa de serenidad extraña, algo así como si observara reconcentrada en sí misma. Tenía las facciones finas y menudas, la piel de una albura aterciopelada de camelia, la boca roja y sensual, y los ojos... Las gentes superficiales pretendían que eran ojos candorosos, claros, ingenuos; pero yo, que he buscado muchas veces inútilmente su fondo, puedo asegurarles á ustedes que no. Efectivamente aquellos ojos no tenían la nítida limpidez de las esmeraldas, no eran dos gotas de agua brillantes y transparentes; eran, sí, infinitamente luminosos, pero hacíase imposible leer en ellos; la comparación que me parece más exacta es la de dos peridotas, ó mejor, dos globos de jade verde que lucieran intensamente con misteriosa

HOMBRES ILUSTRES CONTEMPORÁNEOS



JACINTO BENAVENTE

Insigne escritor y autor dramático, cuyos continuados triunfos en el teatro le colocan en el más alto puesto de la literatura española contemporánea

FOT. CAMPÚA



CÁMARA-F

NUESTRAS VISITAS

JACINTO BENAVENTE

EN cuanto tomé asiento en una butaca enfundada, D. Jacinto me dijo:

—¿Usted fumará? Y sin esperar mi respuesta, salió, rápido, en busca de un cigarro.

Aquella habitación era una salita un poco añeja y sin ningún relieve, ni artístico, ni suntuoso. Más bien modesta. Un enorme tigre disecado que había delante del sofá, nos miraba fieramente con sus pupilas de cristal crema.

Don Jacinto volvió con una caja de tabacos habanos. Eran enormes.

—No sé si serán buenos — me dijo, ofreciéndome —. Acaban de regalármelos...

—Grandes sí que son. A mi medida.

—No, eso no; ya ve usted, yo, á pesar de lo pequeño que soy, fumo siempre cigarros muy grandes.

Y después, aparentando una gran frialdad, pero con una poca de inquietud, D. Jacinto se acomodó en la butaca de enfrente y comenzó á fumar.

Todos conocéis el perfil agudo y la sonrisa perenne de este dramaturgo. Alguien ha dicho en estos días que sus ojos pequeños y negros se clavan en su interlocutor como dos lancetas... Esto es una fantasía. D. Jacinto jamás mira de frente. Mientras habla ó escucha, sus inquietas pupilas van de un lado á otro, y, si á ratos quedan fijas, es en el suelo. Su conversación va siempre acompañada por los movimientos aristocráticos de sus manos, delicadamente ensortijadas; pero unos movimientos apacibles, sin brusquedades, sin jamás separar los codos del cuerpo. Todos sus gestos son de rendimiento, de humildad; observándole, cuesta trabajo creer que este caballero menudo, que parece un rezagado del siglo de Renacimiento, sea el autor de los *Malhechores del bien*, de *La noche del sábado* y de *Los intereses creados*. Más en armonía con su encogidita figura y con su mansa humildad, hubiese estado escribir oraciones sagradas y devocionarios religiosos. Yo, un poco azorado, porque no viéndole los ojos no podía saber el juicio que estaría formando el maestro de mí, comencé preguntándole:

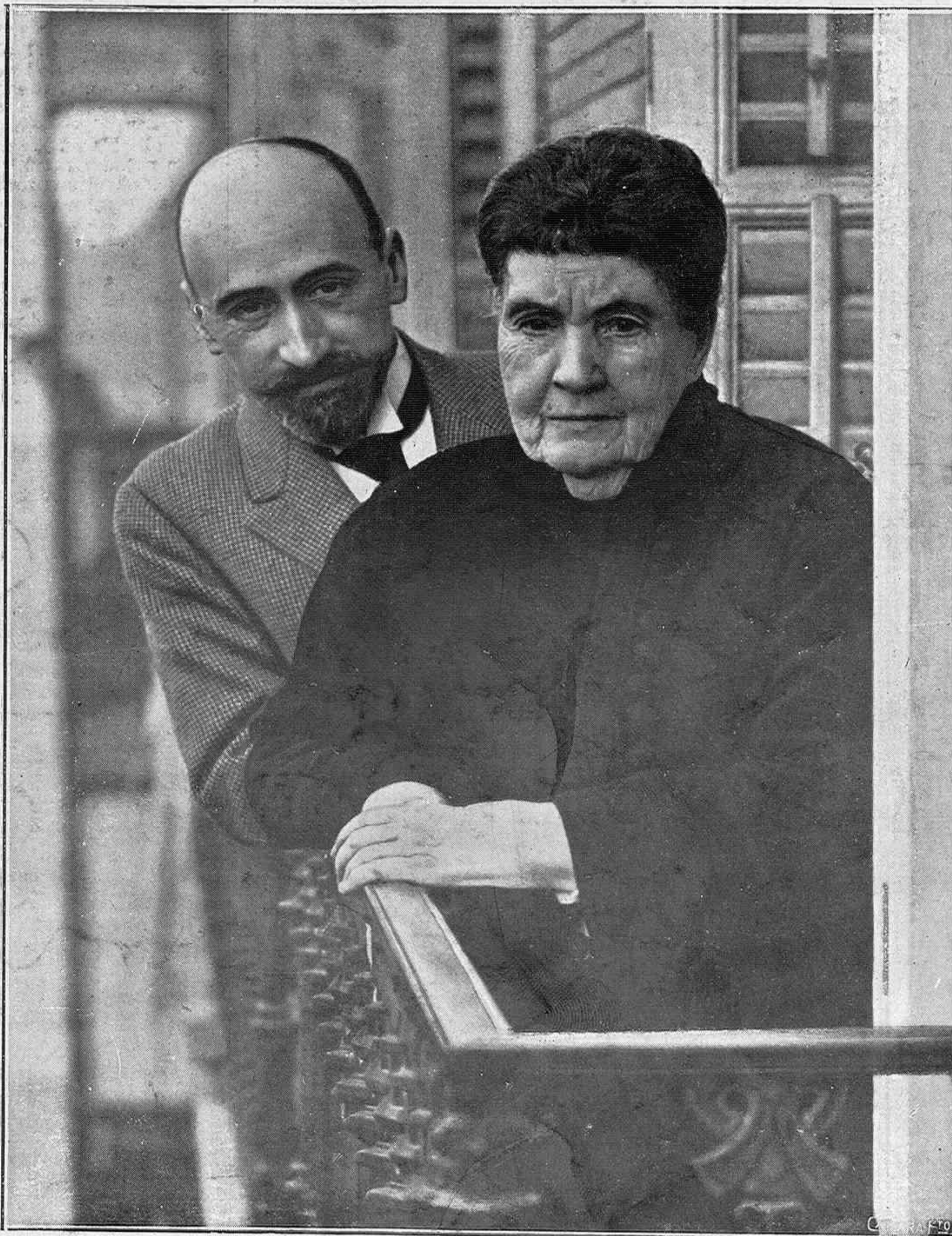
—¿Cuánto tiempo piensa usted dedicarme, D. Jacinto?...

—¡Oh, el que usted necesite; una hora y si es preciso más, más!

—Sobra... Hablaremos primero de su niñez. ¿Nació usted en Madrid?...

—En la calle del León, no recuerdo qué número... Allí viví hasta los cuatro años.

—¿A qué edad comenzaron á despertarse en usted las aficiones literarias?...



Jacinto Benavente, acompañado de su madre, en el balcón de su casa

—Mis aficiones teatrales desde muy niño... Siempre mi juguete ha sido el teatro. Yo hacía obritas teatrales para después tener el placer de representarlas en el teatro de muñecos, y ésto me divertía tanto como pueda divertir á la juventud de ahora jugar al *golf*, al *tennis* y *football*... Mi placer no estaba en escribir las obras, sino en representarlas.

—¿Nunca cultivó usted otra literatura que la teatral?

—Algo hice en crónicas y cuentos, pero poco.

—¿Cuáles fueron sus primeros trabajos literarios?...

—Dos libros: *El teatro fantástico* y *Cartas de mujeres*.

—¿Y su primera obra?

—La primera, estrenada, *El nido ajeno*.

—¿Pero no la primera que había usted escrito?...

—No, no. Ya había hecho muchas que Mario, después de leerlas, me las fué rechazando con muy buen acuerdo.

—¿Por qué?—le pregunté extrañado.

—Porque no eran buenas. Yo las he leído después y no me han gustado.

Hizo una pausa. Dió unas cuantas chupadas á su habano y, muy friamente, continuó:

—Claro que ahora me pasa lo mismo con las que estreno: no me gustan ni pizca.

—¿Entonces á usted no le agrada ver desde el público sus obras?...

—¡Oh, no!—rechazó rápido—. Rara vez asisto á una representación. Cuando, por tratarse de un homenaje ó de una función benéfica, me obligan á ello, paso muy mal rato; me arrepiento hasta de haberla escrito.

—Y eso, ¿por qué?

—Principalmente, porque me aburro; ya se sabe uno sílaba por sílaba todo lo que allí se va á decir... Además, se advierte lo malo, y lo bueno ya no emociona.

—¿Me han dicho que á los ensayos de sus obras no asiste usted tampoco?

—No; no voy á los ensayos para no quitarle á los cómicos espontaneidad... Es mejor; porque así cada uno interpreta su papel como lo siente. ¿Para qué contrariarles?... Por esta misma razón mis obras apenas tienen acotaciones.

—¿Cuál es la obra de su repertorio que mejor se ha representado la noche de su estreno?...

—*Señora ama*.

Hicimos una pausa... D. Jacinto, en sus respuestas, no tenía un titubeo. Siempre, sin levantar la vista, contestaba sencillamente, concisamente. Proseguí.

—Dígame usted, don Jacinto: ¿Y cuando estrenó usted *El nido ajeno*, gustó?...

—Al público, sí; á la crítica, no.

—¿Qué edad tenía usted entonces?...

—La edad á que las mujeres empiezan á desconfiar de los hombres: veintitrés años.

—¿Y le costó á usted mucho trabajo estrenar?

—No; mi padre era el médico de Mario; fué á tiro hecho.

—¿Escribe usted con facilidad?...

—Sí, porque no me pongo delante de las cuartillas hasta que en mi imaginación tengo bien tejida la obra y muy pensado el diálogo...

—Según eso, usted medita mucho sus obras.

—Muchísimo.

—Pues viéndole á usted en público y observándole, da la sensación de que no se preocupa usted de ellas gran cosa.

Esto le molestó un poco á D. Jacinto. Su vocécita nasal protestó de ello como de un absurdo...

—¡Ah, pues no, las pienso mucho! La prueba

EL CENTENARIO DE CERVANTES EN MUNICH



Actores alemanes que representaron en Munich el entremés de "Los habladores"

La opulenta ciudad de Munich ha celebrado espléndidamente el tricentenario de la muerte de Cervantes. Bajo la dirección artística del doctor A. L. Mayer, la Junta Hispano-Alemana organizó una lucidísima fiesta en el Teatro Dramático, á la cual concurrió lo más selecto de aquella sociedad. He aquí meramente indicado su programa. A un elocuente y aplaudido discurso en loor de Cervantes y de España, pronunciado por el doctor León Jordán, siguieron las *Seguidillas gitanas* de Fernández Arbós, para piano, violín y violoncello; un capítulo del *Quijote* (el de las bodas de Camacho), magistralmente leído por el actor Jacoby; diversas canciones españolas, muy bien cantadas por la tiple señora Dahmen, y para terminar, la representación del entremés de *Los habladores*.

No ha sido ésta la única solemnidad con que la hermosa capital de Baviera ha conmemorado la gran fecha cervantina; otra más familiar y aún más española la ha seguido: unos niños, adolescentes los de edad más avanzada, ejecutaron otro programa interesante; hablaban correctamente y sin dejillo extranjero la rica, la sonora, la hermosísima lengua castellana: son muchachos españoles. Uno, llamado Tarra-

gó, pronunció un notable discurso á guisa de prólogo; otro, Aparicio, leyó una sentida composición poética intitulada *La patria de Don Quijote*; otros, en fin, Oliva y Sánchez, disertaron acerca de *Cervantes, alma española* y *Cervantes y «El Quijote»*. Y para terminar tan simpática fiesta cervantina, aquel pedacito de España, que ha transportado á Munich la magia de un tierno corazón de mujer regido por un docto y varonil

entendimiento, prendas que rara vez concurren en una persona, representó *El loco de la guardilla*, del inolvidable Serra.

Ya los lectores habrán adivinado qué mano anduvo preferentemente en todo ésto: la mano de nuestra generosa infanta Doña Paz de Borbón. Esta augusta señora fundó el *Pedagogium*, plantel de enseñanza á que muy pronto deberá España sazonados frutos; para el *Pedagogium*

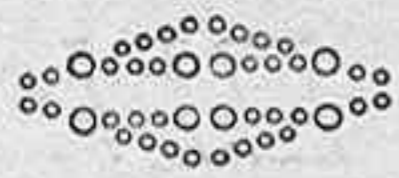
y para los colegios alemanes establecidos en Madrid y Barcelona se destinó el producto líquido de la función celebrada en el Münchner Schauspielhaus; alumnos de aquel establecimiento han sido los oradores y los actores que actuaron en la segunda de las fiestas mencionadas; de Doña Paz es la patriótica poesía que leyó Aparicio, y de su alma tierna y expansiva, daña siempre á difundir las buenas letras y el amor á España, estas palabras, muy elocuentes en su sencillez, escritas en carta que dirigió á su augusta hermana, la culta y popularísima infanta Doña Isabel: «Los discursos — dice — que pronunciaron los chicos, hechos por ellos mismos, fueron simplemente asombrosos; ya los leerás un día. Hubieras estado contenta.»

F. R. M.



Alumnos españoles del "Pedagogium" de S. A., que representaron "El loco de la guardilla"



: CALLE:
ARRIBA

EL BARQUILLERO

TOMAD sin recelo en vuestras manos esos preciosos cucuruchos de harina tostada que á la menor presión se deshacen entre los dedos en minúsculas partículas de pasta coruscante; ofrecedlas sin temor á los niños; no les causarán mal alguno; de todas las golosinas callejeras ésta es tal vez la única inofensiva, gustosa y sana. Los niños se lanzarán con avidez sobre los incitantes y áureos rimeros de frágiles tubillos que, al quebrarse, dejarán sobre su faz risueña y sobre su pecho, agitado por el juego y por la codicia golosa, un polvo azucarado. Lejos de producirles perturbación, ni aun molestia, les servirá de excelente preparación para apurar después sin riesgo un vaso de agua cristalina. Ese manjar lindo, pulcro, netamente español, que no puede ser fabricado sino con harinas immaculadas, contentará á los pequeñuelos sin atentar en lo más mínimo á las reglas más exigentes de la higiene doméstica.

Y luego el azar como nuevo atractivo; la agitación de toda consulta á la fortuna ciega... El niño pulsará tembloroso la manivela de la rueda y la hará girar en un arranque de decisión fuerte y varonil; después seguirá inmóvil, con la mirada atenta, el trozo de ballena que señala los números y va saltando de alambre en alambre hasta detenerse ante una cifra que nunca será desconsoladora, porque el barquillero, caballeroso siempre, pagará escrupulosamente si pierde, pero si el número le es favorable, lo completará generoso y entregará tantos cucuruchos cuantos sean precisos para dejar contento á su nervioso y gentil parroquiano.

Dije que el manjar era netamente español. Un Rodríguez Marín os hablaría de los clásicos *olvidos* y *suplicaciones*. Pero ¿no serán estas denominaciones iraduccionales falsas de palabras francesas? *Oubli* es oblea; *sus plier* se parece tanto á *suplier* para no relacionar la figura de los barquillos con las súplicas intempestivas. De todas suertes, el nombre es lo de menos; el manjar lo esencial, sobre todo cuando quien nos lo brinda es un amigo leal de los niños.

No pocas gentes desconocen la psicología del barquillero, á quien miran como á un golfo tan desordenado como brutal. Están en un error. Nada tan difícil á los fabricantes como encontrar un buen expendedor de la mercancía. Ante todo, el muchacho ha de ser leal hasta la abnegación y honrado hasta la santidad. Los barquillos se venden á la suerte y el fabricante no puede vigilar las jugadas; así, el barquillero entrega al dueño, por el contenido de la caja, al llegar la noche, la cantidad que le parece, sin que haya medio de discutirla. ¿Cómo encontrar un niño que tenga este sentimiento de la dignidad propia y que esté preparado para departir y aun luchar con la hez de la granjería harapienta? Ser tan fuerte y denodado como los matoncillos, excederlos en perspicacia y picardía, conocer los ardides del juego, el envite y la trampa y, al mismo tiempo, ser incapaz de defraudar en una milésima de céntimo, pudiendo realizarlo á mansalva, son condiciones que es difícil hallar reunidas. El barquillero las posee. El contratista cuida de buscarlo siempre en un solo pueblo: en San Vicente de la Barquera, á donde no podría volver después de cometer la menor infidelidad sin sufrir inmediatamente una sanción terrible impuesta por sus mismos paisanos.

Asombra la virilidad, la constancia, la fuerza de adaptación de estos niños, arrancados de pronto á la vida de la montaña y de las costas bravías del Cantábrico, sacados de un medio de ingenuidad semi salvaje y colocados de pronto en un medio hostil: solos, abandonados á sus propias iniciativas y en sus peculiares arrestos, rodeados de acechanzas y violencias, perseguidos por la hampa que pretende imponerles su majeza y desplante. ¡Cuántas veces han de dejar en tierra el pesado cilindro para defender á golpes de puño, á patadas, mordiscos y cachetes la propiedad ajena! ¡Cuántas han de aguzar su tosco intelecto para salir al paso de los más complicados engaños! Después de la jornada, no pocas veces heroica, se recogerá en un miserable cuchitril y se arrojará, tras de haber consumido su miserable y escaso condumio, sobre un montón de esteras en que ha de dormir muy pocas horas, soñando con las fatigas y pesadumbres del día siguiente. Pudiera robar, pero se lo impide el amor al terruño; el honor del pueblo nativo, el noble prestigio de la raza.



NI uno sólo de sus compañeros sufrió prisión jamás. No será él quien corte tradición tan immaculada. Seguirá descalzo, roto, hambriento, pero honrado, con su caja de latón á la espalda, gritando con voz gutural, pero firme y tranquila: «¡Barquillero...!»

Y este héroe desconocido y vilipendiado es el amigo de los pequeñuelos, para los cuales tiene siempre una sonrisa ó una caricia paternal. Y

los mismos granujas acaban por mirarle con supersticioso respeto; es fuerte, es valeroso, es honrado; sabe castigar á los fuertes y proteger á los humillados. Y, sobre todo, es un enigma vivo: el de una virtud ruda y trashumante que aprende en la miseria lo que en la opulancia y el fausto muchos otros adolescentes no aprenderán jamás.

FOT. SALAZAR

ANTONIO ZOZAYA